



# La habitación 219

Texto: Beatriz Martín Laserna



A brochado el último botón de su camisa, reajusta su corbata y con la humedad en sus labios del último beso, abandona la habitación. Deja su mirada clavada en la imagen que refleja su espejo retrovisor de ese castillo.

La vuelta a casa parece una carrera de fondo donde la meta es tumbar a base de agua y jabón el olor a ese cuerpo. Esa fuerza al frotar tu cara es tan solo un intento absurdo para mandar por el desagüe la sensación de asco y rechazo que te provoca ver tu imagen en el espejo.

Y, ante la ansiedad que te grita tu piel por volver a cruzarse con su cuerpo, vuelves a ese castillo. A aquel lugar donde parece ser el único espacio en esta inmensidad en el que te sientes el rey de tu vida. La habitación 219 es tu aposento, y no hay nada mejor que la sensación de sus brazos rodeando tu cintura mientras el sol decide regalarle sus primeros rayos del día a la cruz que tantos suspiros regala.

Pero de nuevo, la claridad del día te recuerda que tienes que abandonar tu trono para volver a esa vida en la que tus pies caminan por inercia, y tu cabeza hace tiempo que dejó sin latido al corazón. A pesar de reiterar que no volverás a ese lugar, como si de un imán se tratara acabas atrapado entre las

sábanas y sus piernas. Tus dedos, sin apenas darte cuenta, acaban entrelazándose a los suyos.

De tu cuello lastra todo aquello que gritan voces sin dueño. El peso que acabas cargando es la condena que dictamina tu soledad. Y en la sentencia, un vacío oscuro. Eliges vivir solo, ofreciéndole la espalda a la mano que te salvó de tus peores pensamientos, acusándola de ser quien abrió la puerta que tantos miedos guardaba.

En tu cabeza sigue ese maldito catálogo de vida perfecta que parece que venía debajo de tu brazo nada más nacer. Como si vivieses con la idea de amueblar la casa ideal donde cualquiera desearía vivir. Hasta que sacas el bolígrafo y te das cuenta de que aquello que rodeaste no sería precisamente la portada de lo que acostumbrabas a ver en las revistas.

El armario de tu habitación no guardaría lencería de encaje de mujer, tampoco sobresaldría del zapatero los tacones de punta fina. En el baño, los pintalabios no pasarían a descansar ni una sola noche.

Más bien, te imaginas cogiéndole prestada más de una chaqueta. Usando esa colonia que le regalaste por su cumpleaños para llevarte contigo su olor a todas partes. O, ese momento en el



Ilustración: Beatriz Martín Laserna



que tu retina decide colarse por la puerta del aseo para ver lo guapo que se pone mientras se afeita.

Y, en ese momento, tratas de girar tu espalda buscando aquella mano que te acariciaba el alma. Decides coger el escudo y la espada para luchar contra el dragón que supondrá la batalla de aceptar quién eres y quién quieres seguir siendo el resto de tu vida, tú mismo. Mientras corres hacia el castillo de Santa Catalina, por

tu cabeza pasan las palabras que más de una vez acuchillaron tu pecho, las miradas que arrojaban desprecio y todos aquellos que se les rompieron la espada y fueron vencidos durante la guerra. Un duelo donde no compraron la entrada, pero pagaron un alto precio por librarla.

Al llegar a aquella cruz que tanto viste desde la ventana de tu castillo parece más grande, como si guardase en su interior miles de

historias. Se te pasó por tu cabeza la idea de que quizás la vuestra hubiera sido una bonita que encriptar bajo su cemento. Y, al cerrar tus ojos, el viento que se cuela entre tu ropa te hace poder viajar a esos momentos de sus brazos salvándote del vacío más intenso. Parece tan real que necesitas abrirlos rápidamente para saber si darte la vuelta y agarrarlo por siempre o, por el contrario, acabar en ese precipicio.